La tortura del Dr. Johnson

Juan Ángel Juristo

Mil bosques en una bellota. Escritores fundamentales seleccionan las páginas predilectas de su obra. Edición de Valerie Miles. Duomo Ediciones, Barcelona, 2012. 759 páginas.

Relata Adolfo Bioy Casares, en sus deliciosas y boswellianas memorias, que Borges y él estaban un día realizando una de las múltiples antologías de relatos policiales que hacían de vez en cuando para Emecé, cuando se les ocurrió preguntarse, a la vista de algunas injusticias que estaban cometiendo con algunos relatos que rechazaban pero que no eran de su gusto a pesar de que sabían eran buenos, si en el fondo cualquier antología no era más que el punto de vista de aquel que la realiza, sin más bases objetivas que su propio gusto. Borges, para recalcarlo, citó a Robert Graves que afirmó en su momento que cualquier antología lo que reflejaba era el carácter del antologizador. Al citar a la autoridad parecieron calmarse, entonces, y volvieron a la labor de desbroce.

Y lo cierto es que esta sospecha aparece siempre que se enfrenta alguien a una antología aunque mucho peor es que en ella sean los autores los que decidan qué páginas de obras suyas se incluyan en la misma. Escribió Samuel Johnson que «a todo hombre al que un autor le pide la opinión sobre su obra se le somete a una tortura y no está obligado a decir la verdad». Cuando son los autores los que deciden sobre sus páginas, lo de estar o no obligado a decir la verdad desaparece en aras de una convicción: a pesar de estar convencidos de que lo que escogen es lo mejor de su obra, es casi seguro que se equivocarán. Esta excelente antología realizada por Valerie Miles, *Mil bosques en una bellota,* no es siquiera la excepción que confirma la regla. La confirma llana y simplemente.

Se trata de una antología realizada a veintiocho escritores españoles y latinoamericanos donde éstos escogen algunas páginas que

consideran son las mejores de su producción, a la vez que mediante la contestación a tres preguntas de un inteligente cuestionario dan cuenta del origen de su producción, cuáles son los escritores que más les han influido, y en una coda responden a una pregunta, esta sí, específica a cada uno de ellos. El resultado: un libro inteligente, entretenido y dador de una profunda pedagogía literaria. Confiesa la autora en el prólogo que esta idea no es muy original y que se basó en una antología de Whit Burnett, *This is My Best. Over 150 self chosen and complete masterpieces and the raisons for their selection*, que fue publicada en 1942 por Dial Press. En ella participaron escritores como William Faulkner, Pearl Buck, autora hoy día totalmente olvidada, Sinclair Lewis, autor hoy día muy poco leído pero que arrasaba en los años treinta, Ernest Hemingway, Willa Cather, Wallace Stevens, William Saroyan, otro escritor indiscutible del momento, Lillian Hellman, Dorothy Parker... en fin, una antología que leída hoy día supone algo más que una lección de arqueología literaria, en tanto en cuanto sirve como marco idóneo para dar a conocer lo que pensaban los escritores de su obra y, de paso, la antología misma es un modelo de lo que se pensaba debía ser una obra de este tipo en los años cuarenta en el mundo anglosajón, incluidas las notables ausencias, casos de TS. Eliot o Gertrude Stein. Ausencias que revelan, por ejemplo, que el libro se hizo estando en plena guerra. De ahí que no estuvieran estos dos autores al encontrarse en Europa, uno viviendo en Londres y la otra en París.

Veintiocho autores españoles y latinoamericanos. No están todos pero si los más representativos y otros poco conocidos en España pero que, suponemos, dotados de una alta calidad a juzgar por lo leído y que, de seguro, picarán la curiosidad del lector atento: Mario Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique, Juan Goytisolo, Sánchez Ferlosio, Sergio Pitol, Javier Marías, Eduardo Mendoza, Antonio Muñoz Molina, Rafael Chirbes, Ricardo Piglia, así como Evelio Rosero, Elvio Gandolfo, Aurora Venturini o Hebe Uhart. Cada uno, además, dueño de una parcela de realidad literaria en la narrativa en español que se hace hoy día, una parcela muy específica y cuidadosamente cultivada. La gracia de esta antología es que es una antología de narradores, casi diría de novelistas, lo que añade cierto riesgo en un tipo de género que hasta ahora ha sido

coto casi exclusivo de poetas, lo que por otro lado es lo obligado ya que un poema se puede leer en su totalidad y este tipo de antologías son necesariamente fragmentadas, vale decir, mutiladas.

Tampoco esto es un serio problema. La verdad es que esta antología está realizada para que no se lean las páginas que los autores han escogido de sus obras, ¿a quién le interesa leerse una páginas sin continuidad alguna de *La fiesta del chivo*, pongamos por caso?, sino para que averigüemos, por curiosidad nada malsana, qué páginas creen los autores que son las mejores suyas. Terrible error, por parte del lector, si piensa que se va encontrar con algo parecido a una revelación. En cualquier caso, pensar lo contrario tendría más sentido. Esto los poetas lo saben muy bien y se guardan los antólogos de pedir a los autores que escojan sus poemas, como experimentó un joven Octavio Paz con aquella célebre primera antología de la poesía latinoamericana. Así, una de las virtudes de esta antología es que lo primero que se pregunta el lector es la razón de que Mario Vargas Llosa haya escogido páginas de *La fiesta del chivo* cuando las hay excelentes de *Conversación en la catedral* o *La casa verde*, mientras es probable que asienta con placer si constata que Juan Marsé ha escogido atinados párrafos de *Últimas tardes con Teresa* o Rafael Chirbes algunas páginas de *Crematorio*, su obra más conocida y con toda probabilidad de las mejores de su producción. Con ello quiero decir que se obliga al lector a ser el antologizador imaginario del libro porque al saber éste que ha sido el autor el que ha escogido tiene tendencia a la confrontación con él si lo escogido no es de su agrado.

Sin embargo lo mejor de este libro no es esta cuestión, por muy interesante que le parezca a alguno, sino el cuestionario. Ahí se encuentra un tesoro para entender muchas cosas de la obra de cada uno de los antologizados. Podría extenderme en algunas respuestas, maravillosas, de muchos de ellos pero es preferible que el lector los halle y lo goce porque les ayudará a entender, a vislumbrar claves secretas, escondidas de cómo es el proceso creador de un autor. Ahí reside la excelencia de este libro, su auténtica contribución a lo literario. No es poco y, además, en ello percibimos la inteligencia y lucidez de Valerie Miles a la hora de pergeñar la antología. Es aquí donde se halla la auténtica tortura del Dr. Johnson, la de un autor hablando de sí mismo y de su obra, y que es

el título de las primeras de las tres preguntas a que Valerie Miles somete a cada uno de los autores. La segunda, *En conversación con los difuntos*, que remite al célebre soneto de Quevedo, consiste en pedirle al autor que confiese sus deudas, sus influencias de otros autores u obras. Cuestión reveladora que adquiere su rotundidad. El resultado, es excelente y es una contribución de una enorme importancia para entender ciertas claves de la literatura que se escribe hoy día en español. Faltan en la antología Daniel Sada y Guillermo Cabrera Infante, que fueron invitados a colaborar pero murieron antes de que el libro se llevara a cabo. Lo he puesto al final de la reseña para resaltar su ausencia, como se hizo en su momento con la antología de Whit Burnett con T.S. Elior y Gertrude Stein. ©